



EL MURAL DE LA PLAZA SANTA MARGARITA

Por Gonzalo Mora Martín. Escritor. Diciembre 2019

Relato sobre el mural, “ENSUEÑO EN EL PARAÍSO”, pintado a finales de la década de los ochenta del siglo XX en el transformador eléctrico de la Plaza Santa Margarita del barrio de las Margaritas de Getafe.



EL MURAL DE LA PLAZA SANTA MARGARITA

Por Gonzalo Mora

Escritor

Diciembre 2019

Aquello sucedió en el año 87, quizás en el 88. A comienzos de esa década, un grupo de jóvenes habíamos puesto en marcha una casa de juventud en el barrio de Las Margaritas y, con los pocos medios de que disponíamos, pero con la mucha ilusión que nos embargaba, estábamos desarrollando un buen número de actividades para el conjunto de los vecinos. Para los anales de la historia sociocultural de nuestro barrio y de Getafe quedan hitos tales como la puesta en marcha de la biblioteca García Lorca, (con más de 2.550 volúmenes en sus estantes), un local de ensayo para grupos musicales, un club de montaña, un cine-club, un boletín informativo, una ludoteca, y un sinnúmero de talleres y de actividades, como por ejemplo las fiestas de Las Margaritas de los años 83 y siguientes.

En medio de toda aquella vorágine participativa y colaborativa, y siempre con el cristiano objetivo de mejorar la vida de nuestro prójimo, o de «*changer la vie*», que dirían los franceses, se nos ocurrió la idea de embellecer las paredes de los transformadores eléctricos de Iberduero. ¿Recuerdan? Me refiero a esas construcciones de ladrillo de unos tres o cuatro metros de altura que, adosadas a las viviendas, se levantaban en distintos rincones de nuestros barrios. Dicho y hecho, nos pusimos manos a la obra, con la intención primera de pintar sendos murales en los cuatro transformadores que había en Las Margaritas. Ahora bien, comoquiera que lo recomendable era empezar por alguno de ellos, elegimos la pared del transformador situado junto a la plaza Santa Margarita, la plaza por excelencia del barrio. Solucionada esta disyuntiva, tuvimos que resolver todas las demás, que no eran pocas: el proyecto, el artista, los medios materiales y económicos... Tras detraer del presupuesto de la Casa de Juventud el dinero que, sobre poco más o menos, necesitaríamos, lanzamos algo así como una especie de convocatoria pública en la que solicitábamos un avance o boceto de los proyectos, y en la que dejábamos sentado que no se fijaba remuneración alguna para los artistas, salvo algún almuerzo que otro. Los materiales, eso sí, correrían a cuenta de la

Casa, incluido los costes de un pequeño andamiaje que sería necesario para alcanzar las partes más altas de los aproximadamente veinte metros cuadrados de pared.

Como muestra de las ganas de los pintores locales por darse a conocer, y a pesar, como decimos, de la nula retribución que se fijaba, nos encontramos con cuatro o cinco bocetos. El elegido, tras no poco debate, fue el de José Luis López Romeral, pintor de cierto renombre, cuya obra se había mostrado en diversas exposiciones y reconocida con algunos premios, y que además era del barrio. Comunicada la noticia al *agraciado*, no tardó en ponerse la bata blanca de pintor y, en los ratos que le dejaba libre su trabajo en una cadena de montaje, fue trabajando en su obra. Tras cinco o seis meses de andar subiendo y bajando por el andamio, y en los que los jóvenes de la Casa le asistíamos como mozos de espadas, y le llevábamos el café y el pincho de tortilla, Romeral pudo finalizar su mural, (ver foto adjunta) una evocación alegórica, de carácter figurativo, de la armonía que debiera presidir la convivencia entre los seres humanos, y la relación entre éstos y la Naturaleza. Una obra que, según las opiniones que pudimos escuchar, resultaba del agrado general. Sin que la mayor parte de los vecinos supieran poner en palabras lo que les suscitaba aquella pintura, lo cierto era que muchos se detenían unos instantes a contemplarla, animados por ese aire de belleza, por esa emoción estética, que se desprende de lo que habitualmente calificamos como obra de arte.

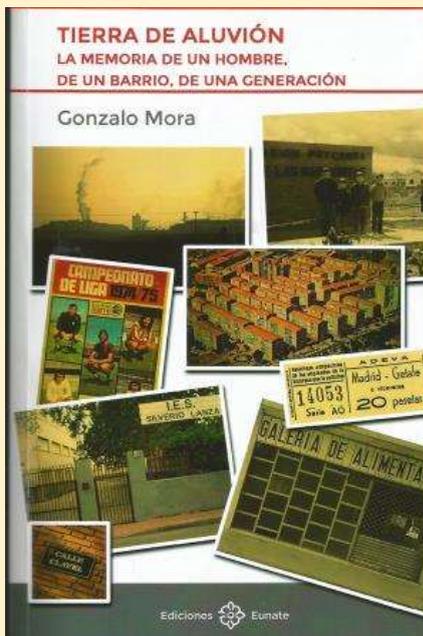
Y hasta aquí, el relato del fenómeno creador, de cómo los sueños pueden hacerse realidad para embellecer nuestras urbes. Porque lo que nos toca contar ahora es cómo, unos años después, en el marco de una serie de actuaciones urbanísticas realizadas en el barrio, el gobierno municipal decidió soterrar los transformadores eléctricos tras el derribo previo de los edificios que los albergaban. Y con ellos, claro está, el mural de Romeral. *Sic transit gloria mundi*. ¿Se habría convertido esta pintura en una pieza artísticamente apreciable, una vez examinada por opiniones más autorizadas que la nuestra? ¿Habría atraído la curiosidad de turistas provenientes de otras partes de España o incluso de otros países del mundo? ¿Se podría haber extendido esta iniciativa y, aprovechando otros rincones de fachadas y edificios del barrio, seguir promoviendo el gusto por la pintura? ¿Se podría, ya por último, haber situado Las Margaritas en el circuito europeo o mundial de las pinacotecas al aire libre? Pues no lo sabemos, y seguramente ya no lo sabremos, quedando estas

preguntas en ese limbo donde quedan las cuestiones que no se responderán jamás. Lo que en cambio sí podemos anotar, porque así lo vivimos, son las contradictorias opiniones que surgieron a raíz de la demolición de los transformadores. Opiniones que, por un lado, denunciaban el atentado artístico que supuso destruir aquel mural, que acabó convertido en escombros, y que, por otro, aplaudían la generación de espacios más amplios y despejados en el callejero del barrio.

(P:D. - Buena parte de lo aquí relatado viene recogido en la novela *Casa de Juventud*, firmada por quien suscribe. Ahora bien, en esas páginas, y como licencia literaria, se relata que fueron cuatro los transformadores que, por obra de distintos artistas, se embellecieron con diversos murales. Pero en realidad, como se afirma en este apunte histórico, fue solo uno. Diversas y muy prosaicas razones que no vienen al caso impidieron que pudiéramos cumplir con aquel objetivo. Ya saben, los literatos tienen licencias que los historiadores no pueden, ni deben, tomarse)

AGRADECIMIENTO

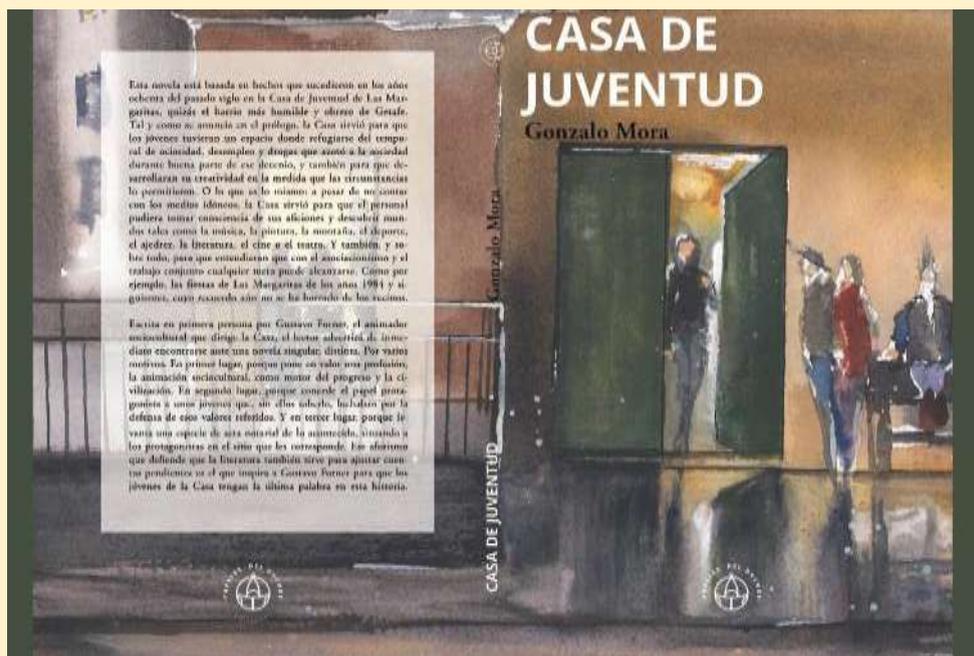
Desde el Taller Hablemos de Getafe queremos agradecer a Gonzalo Mora su colaboración proponiéndonos rescatar este artístico mural y escribiendo este relato. También queremos agradecer, reconocer y felicitarle por su implicación en el trabajo de recuperación y conservación de la memoria de barrio de las Margaritas y, por tanto, de Getafe. Sus libros “Tierra de aluvión” (2016) y “Casa de Juventud” (2017) son imprescindibles para conocer el Getafe de la segunda década del siglo XX.



Escrita en formato autobiográfico, Tierra de aluvión es una novela que recoge la peripecia vital de José Martín Encinas, Josecito. Nacido en el año 1963 en el pueblo albaceteño de Alcaraz, Josecito emigra junto con su familia hasta el barrio de Las Margaritas, en Getafe, lugar que se convierte a partir de ese momento en el único escenario de su vida. Tras relatarnos los avatares de su infancia y juventud, Josecito finaliza su historia en el año 2002, convertido en padre de familia y en todo un profesional de la pintura, de brocha gorda, se entiende.

Como quiera que la narración esté plagada de escenarios y personajes de aquellos tiempos, será difícil que no sean reconocidos como propios por toda aquella persona que en la actualidad ronde los cincuenta años, y que viva o haya vivido en Las Margaritas o en el mismo Getafe. Nos estamos refiriendo a los niños y niñas de los colegios de ECB; a los estudiantes de cualquier instituto de BUP; a los jóvenes que pasaban las tardes en los billares, los bares o los pubs, o a quienes tuvieron que ganarse la vida trabajando en polígonos industriales o mercados. Lugares y personajes que, una vez desprovistos de sus particularidades, son exportables a cualquier lugar de cualquier ciudad de España que se conformaron con esa misma tierra de aluvión, y que sustentan esa aspiración de la novela de convertirse en la memoria de un barrio, de un pueblo y de una generación.

Con una prosa ágil y dinámica, en la que no faltan los momentos reflexivos y, sobre todo, el sentido del humor, Tierra de aluvión presenta un original formato literario con esos pequeños diálogos que salpican el texto, y que sirven para conceder la palabra a la miriada de personajes que van apareciendo en sus páginas. Así, el lector avanza con facilidad en la lectura, y casi sin percatarse llega hasta donde no hubiera querido llegar: el final de la novela.



Esta novela está basada en hechos que sucedieron en los años ochenta del pasado siglo en la Casa de Juventud de Las Margaritas, quizás el barrio más humilde y obrero de Getafe. Tal y como se anuncia en el prólogo, la Casa sirvió para que los jóvenes tuvieran un espacio donde refugiarse del temporal de soledad, desempleo y drogas que azotó a la sociedad durante buena parte de ese decenio, y también para que desarrollaran su creatividad en la medida que las circunstancias lo permitieron. O lo que es lo mismo a pesar de no contar con los medios idóneos, la Casa sirvió para que el personal pudiera tomar conciencia de sus aficiones y descubrir mandos tales como la música, la pintura, la montañá, el deporte, el ajedrez, la literatura, el cine o el teatro. Y también, y sobre todo, para que estuvieran con sus amigos y con el trabajo conjunto cualquier meta puede alcanzarse. Como por ejemplo, las fiestas de Las Margaritas de los años 1984 y siguientes, cuyo recuerdo aún no se ha borrado de las acciones.

Escrita en primera persona por Gustavo Forner, el animador sociocultural que dirige la Casa, el lector adentrará de inmediato en este mundo singular, diverso. Por varios motivos. En primer lugar, porque pone en valor una profesión, la animación sociocultural, como motor del progreso y la civilización. En segundo lugar, porque concede el papel protagonista a unos jóvenes que, sin estar sujetos, luchaban por la defensa de esos valores refrendos. Y en tercer lugar, porque le vanta una especie de alta moralidad de la animación, situando a los protagonistas en el sitio que les corresponde. Es ahí mismo que defende que la literatura también sirve para ajustar cuentas pendientes con el que inspira y Gustavo Forner para que los jóvenes de la Casa tengan la última palabra en esta historia.